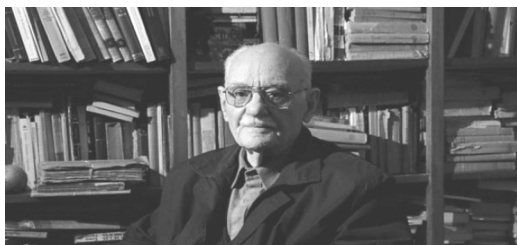


IN MEMORIAM

En memoria de Arturo Roig

Por Alejandra Ciriza



Arturo Andrés Roig nació en Mendoza, Argentina, un 16 de julio de 1922 y murió hace poco más de dos semanas, en la mañana de un 30 de abril de 2012, próximo a cumplir los 90 años. Vivió casi toda su vida en compañía de su esposa, Irma Alsina, con quien compartió intereses, vida cotidiana y avatares diversos. Arturo e Irma tuvieron dos hijos y dos hijas: Arturo y Horacio, Elisabeth y Hebe. También nietas y nietos. Las preciosas Celeste y Ana, a las que vi crecer; Valeria, Claudio, Gabriel, Clara.

Arturo, cuya madre era maestra y cuyo padre fue el célebre pintor catalán migrado a América Fidel Roig Matons, tenía varios hermanos, todos varones, pero en mi memoria ha quedado su vínculo con su hermano gemelo, Fidel, con el cual compartía pasiones intelectuales y una afinidad entrañable. Fidel era biólogo y Arturo historiador de las ideas y filósofo.

Arturo y Fidel acompañaron durante la niñez a su padre, pintor de Guanacache, y de nuestras maravillosas montañas. Esas cosas menudas hicieron de Arturo el hombre que fue, cultivador de granadas e higos chumbos, de calabazas diversas, lector incansable, sabedor de las espinosas especies que pueblan esta tierra desértica y paradójica tanto como del griego, la filosofía antigua y el barroco ecuatoriano.

Estas palabras no son sino una rememoración afectuosa de mi maestro, pensadas y dichas en agradecimiento por el tiempo compartido, por el oficio transmitido, por los sueños que me ayudó a recuperar en tiempos inclementes. Es por eso que hay en este escrito mucho de la experiencia personal transitada durante mis años de formación como becaria del CONICET y doctoranda, pues Arturo fue el director de una tesis que escribí en 1994 y defendí en junio de 1995 sobre pensamiento político de la ilustración ecuatoriana.

En 1984 Arturo Roig retornaba al país desde el exilio ecuatoriano. Me sitúo en ese punto para mirar hacia adelante y hacia atrás en su trayectoria, no sólo porque fue el momento en que lo conocí, sino porque Arturo regresaba a Argentina en tiempos de recuperación de una fragilísima democracia. Aún no sabíamos cuánto.

El 5 de agosto de ese año pronunciaba unas "Palabras de regreso" (1984) tras el exilio¹. Se hacía cargo de la titularidad de Filosofía Antigua en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo

¹ ROIG, A. (2002). *Ética del poder y moralidad de la protesta. Respuestas a la crisis moral de nuestro tiempo*. EDIUNC, Mendoza, pp. 245-249.

por disposición de la Justicia Federal, ante una comunidad que había permanecido durante muchos años enmudecida. Algunos/as de nosotros/as agradecemos sus palabras como un aire de libertad que venía a abrir la posibilidad de poner nombres a uno de los períodos más tristes de la historia del país. Años durante los cuales se había reprimido, saqueado, asesinado, encarcelado, exiliado, desaparecido, insiliado, silenciado.

Muchos y muchas de los que en los años 70 habían compartido el proyecto de construcción de una sociedad diferente habían sido desaparecidos, entre ellos y ellas muchos estudiantes. También el entrañable Mauricio López, amigo personal de Arturo, que fue secuestrado en la noche de un 31 de diciembre de 1976 y de quien aún no tenemos noticias.

Fueron años durante los cuales la universidad, la facultad de Filosofía y Letras, donde hice mis estudios de grado, habían permanecido paralizadas, al menos para quienes queríamos hacer de la filosofía un ejercicio de pensamiento y debate.

Arturo volvió para desafiar, para abrir horizontes, para poner en discusión, para habilitar polémicas.

Leímos con avidez todo lo que trajo, traficante incansable de papeles y libros. Nos asomamos con maravilla y alegría a un mundo de pensamiento que nos había sido vedado por años. Debates conceptuales, herramientas metodológicas, perspectivas innovadoras que para muchos/as de nosotros/as eran desconocidas. También viejos autores que habían estado prohibidos durante los años de plomo. Marx, Engels, Lukács, Gramsci, Horkheimer, Adorno, Althusser, Thompson entraron en tropel en nuestros debates. También Foucault, Lacan, Kristeva, Barthes, Derrida, Bajtin-Voloshinov. Y la filosofía latinoamericana. Recuerdo con particular placer la lectura del *Calibán* de Fernández Retamar, los escritos de Augusto Salazar Bondy, la lectura de *Teoría y Crítica del pensamiento latinoamericano*, un libro que reúne una serie de trabajos escritos por Arturo a lo largo de muchos años. Se publicó en México en 1981, durante el exilio. En la introducción Arturo sentaba algunas ideas centrales a propósito de lo que él entendía como un programa para el filosofar desde América latina, basado en lo que llamaba el *a priori antropológico*, es decir, la asunción, por parte del sujeto filsofante, de una posición como parte de una colectividad, como sujeto situado en un tiempo y lugar precisos, que se reconoce a sí mismo en calidad de activo hacedor de su propia historia². La filosofía es pues, desde ese punto de vista, un saber programático, saber de conjetura que parte de la crítica del orden dado y se ubica como abierto hacia un horizonte utópico. De allí que sea pensada como una indagación por el sentido del mundo y de la vida, más que como una pregunta por el sentido de los textos en los que la filosofía ha hablado. Desde luego ello no implicaba renegación de la filosofía y de su historia, sino más bien una asunción del quehacer filosófico como un preguntar abierto que excede a la filosofía misma para desplegarse hacia un horizonte de liberación.

Filosofía situada, ubicada geográficamente en y desde América latina, resistente a los esfuerzos de deshistorización y negación del nosotros y de lo nuestro. De allí la pasión por la búsqueda de nuestras raíces históricas.

La cuestión de la articulación entre historia y filosofía fue uno de los asuntos que se convirtió en decisivo para mí, pues mientras trabajé a su lado fui una historiadora de las ideas ecuatorianas. Tal vez herencia apasionadamente transmitida, porque ha sido uno de los hilos conductores de la vida intelectual de Arturo.

Arturo fue a la vez un historiador y un filósofo, dos oficios que ejerció en forma simultánea.

2 ROIG, A (1981). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. F. C. E., México.

En los años 60 hurgaba en archivos y repositorios documentales de la provincia a la búsqueda del tiempo perdido, reconstruía minuciosamente la historia intelectual de Mendoza: el itinerario de la Enciclopédie, los pasos perdidos de los románticos, los krausistas, los espiritualistas³. Buscaba en los archivos, ordenaba, interpretaba, sistematizaba la memoria del terruño, a la vez que daba clases sobre Platón en la Facultad de Filosofía y letras y escribía un texto que fue publicado hacia inicios de los años 70: *Platón o la filosofía como libertad y expectativa*⁴.

La constante preocupación por el asunto de la memoria, una de sus obsesiones, lo condujo a la práctica de una disciplina entonces en proceso de constitución, la Historia de las Ideas Latinoamericanas. En ese campo los trabajos de Arturo han sido pioneros. No sólo porque participó en los debates inaugurales relativos a los límites, constitución, metodologías de la disciplina, sino porque sus trabajos organizaron el campo de conocimiento.

En 1975 fue uno de los firmantes de la *Declaración de Morelia*, un auténtico manifiesto en defensa de una concepción de la filosofía como saber de liberación. Ampliada a otros sujetos, la filosofía debía ser universal en un sentido pleno y considerar a los seres humanos como normativamente iguales, a la vez que realmente diversos en un horizonte de solidaridad recíproca. En un momento histórico decisivo para lo que entonces se nominaba como "tercer mundo", algunos filósofos norteamericanos denunciaban la dominación colonial y celebraban el espíritu insurreccional que recorría el continente "los dominados, los negados, se han rebelado, han afirmado su ser y han comenzado a romper las cadenas", decían entonces. Arturo, como muchos de sus contemporáneos, participaba de la idea que habían sostenido Fanon, el Che y el propio Sartre: había llegado la hora de los condenados de la tierra, estos comprendían con claridad la relevancia de una libertad que pudiera ser verdaderamente universal⁵.

Durante la dictadura militar Arturo y su familia vivieron en México y Ecuador. De su paso por tierra ecuatoriana dan cuenta no sólo los fecundos años de docencia en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, sino una serie de textos, como su *Esquema para una historia de la filosofía ecuatoriana* (1978), su trabajo sobre el *Humanismo Ecuatoriano* (1984), sus escritos sobre Juan Montalvo (1984) y uno de mis textos preferidos, *La utopía en el Ecuador* (1987)⁶. Sus trabajos no sólo testimonian una búsqueda documental minuciosa, sino un conocimiento de la historia del Ecuador poco frecuente para quien, se supone, era un extranjero. Arturo siguió en este punto el ejemplo de Gaos, más que un destierro lo suyo fue un transtierro. Amó y trabajó en tierra ecuatoriana como lo hubiese hecho en la suya propia si los militares y sus cómplices civiles no lo hubieran expulsado.

3 ROIG, A (1996). *Mendoza en sus letras y sus ideas*. Ediciones Culturales, Mendoza.

4 ROIG, A (1972). *Platón o la filosofía como libertad y expectativa*. Instituto de Filosofía. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 200 pp.

5 La declaración fue redactada y firmada por Enrique Dussel, Francisco Miró Quesada, Arturo Andrés Roig, Abelardo Villegas, Leopoldo Zea, con motivo del *Primer Coloquio Nacional de Filosofía*, celebrado en la ciudad de Morelia, Michoacán (México), del 4 al 9 de agosto de 1975. Cfr. *Declaración de Morelia*, 1975. En: <http://www.ensayistas.org/critica/manifiestos/morelia.htm>.

6 ROIG, A (1977). *Esquemas para una historia de la filosofía ecuatoriana*. Centro de Publicaciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito; ROIG, A (1984). *El pensamiento social de Juan Montalvo, sus "Lecciones al Pueblo"*. Tercer Mundo, Quito; ROIG, A (1984). *El Humanismo ecuatoriano de la segunda mitad del siglo XVIII*. 2 Vol. Banco Central del Ecuador y Corporación Editora Nacional, Quito; y ROIG, A (1987). *La utopía en el Ecuador*. Banco Central del Ecuador y Corporación Editora Nacional, Quito.

Su trayectoria intelectual, que continuó en Argentina escribiendo y enseñando, estuvo marcada por una larga y apasionada historia de amor con el trabajo, la memoria, la filosofía, América Latina, a la que Arturo concebía como territorio de una filosofía de la mañana.

Si Arturo se fue del país perseguido por la dictadura, cuando retornó lo hizo reclamando para nosotros y nosotras, para la práctica de la filosofía y para el ejercicio de su vocación docente una libertad sin la cual no es posible no sólo la filosofía, sino, en sus palabras, ninguna institución universitaria ni de investigación.

Sobre esa base y sobre un trabajo constante y generoso formó a quienes tuvimos la fortuna de contar con su palabra y su escucha: Adriana Arpini, Estela Fernández, Clara Jalif, Estela Saint André, Liliana Giorgis, Dante Ramaglia, Marisa Muñoz, Rodolfo Norton, Oscar Zalazar, Fernanda Beigel, Rosa Licata y yo fuimos parte, durante muchos años, de un grupo que se nutrió de su apoyo, su paciencia, sus sugerencias, su biblioteca. Nelly Filippa y Cristina Genovese, de San Juan, trabajaron en aquel tiempo con Arturo. En Ecuador conocí a Carlos Paladines y Nancy Ochoa Antich. En México Horacio Cerutti. Son los nombres que recuerdo, en parte por parcialidad de la memoria, en parte porque no conocí a todos y todas, pues su vocación como maestro continuó por muchos años, en cumplimiento de aquella promesa de 1984: "Si nuestra actividad como pedagogos fue considerada un pecado, declaro que estoy dispuesto a caer en el pecado nuevamente". Y efectivamente lo hizo.

Arturo gustaba de las utopías, porque las utopías, como alguna vez nos dijo, citando a Ramón Plaza, son a prueba de ladrones, pues nadie puede robarnos el deseo de un mundo mejor y la convicción de que es preciso, al menos, intentar construirlo.

Mendoza, 17 de mayo de 2012

Arturo Andrés Roig, *in memoriam*

Beatriz Bragoni, CONICET, UNCuyo

Mendoza, Argentina

Los homenajes a Arturo Andrés Roig se han sucedido en muchas partes. Cada uno de ellos ha revisado los pormenores de una trayectoria intelectual que ilustra como pocas la capacidad de nuestra vida cultural y universitaria de enlazar sus problemáticas locales con las coordenadas del saber universal.

Naturalmente ese resultado no resultó independiente del atribulado contexto cultural y político en el cual Roig concibió su producción filosófica e historiográfica que le permitió ser reconocido por la comunidad académica nacional e internacional. La verificación de sus aportes al conocimiento del pasado y del presente cultural latinoamericano, quedan constatados en la saga de distinciones cosechadas primero en las universidades que lo cobijaron durante los años de su exilio en México y Ecuador, y muy tardíamente en la que había ensayado sus primeros pasos como historiador de las ideas y de la cultura mendocinas. En sentido estricto, la obsesión *roigeana* por vincular lo local con lo universal no sólo hallaba su razón de ser en la sólida tradición de los filósofos clásicos en la que abrevó como estudiante, y profesor en la Universidad Nacional de Cuyo; encontraba sus raíces también en una dilatada genealogía familiar que había contribuido decididamente a forjar nuevos estilos estéticos en la provincia pintando primero la cultura del desierto, y de los huarpes, para luego poner color y forma al épico paisaje de los Andes y al héroe de la epopeya libertaria, José de San Martín. Hijo de catalanes afincados en el terruño mendocino desde las postrimerías del siglo XIX, y eslabón insustituible de una saga

de científicos dedicados a preservar la memoria de una sociedad y una cultura recostada sobre el oasis y el desierto, el trayecto intelectual de Arturo Roig se fraguó, como el de otros tantos argentinos, en el interior de los claustros universitarios escindidos por el conflicto persistente entre peronismo y antiperonismo para luego recalar en París de donde extrajo, entre otras cosas, la inquietud por develar en cuánto las ideas del mundo habían hecho pie en la pequeña aldea mendocina. A ese estadio de su vida intelectual, pertenece el memorable ensayo que dedicó a la experiencia ilustrada en Mendoza, trayendo a colación la tradición con la que Sarmiento había diferenciado los supuestos beneficios de las ciudades agrícolas, de las pastoras, el lugar o espacio preferido del gaucho y la "barbarie". Su sensibilidad por sintonizar la experiencia provincial o local, con lo universal lo conduciría desde entonces a zambullirse de lleno en la marea de exponentes periodísticos alojados en su siempre valorada Biblioteca San Martín, un ámbito de encuentro de escritores de provincia procedentes casi todos de familias de inmigrantes arribados a la provincia antes o después de 1910. Su participación en los círculos culturales, y ateneos literarios (que incluyó su incorporación incluso a la Junta de Estudios Históricos, conducida por entonces por el Dr. Edmundo Correas) lo hizo acreedor no sólo del manejo de amigos y escritores que reactualizaron el legado del *regionalismo cultural* acuñado en los años veinte, sino también de los insu- mos heurísticos necesarios para restituir a través de la prensa periódica el despertar y consolidación de las ideas y de las letras mendocinas.

En una muy breve aunque estilizada y erudita introducción que Arturo escribió al momento de reeditarse un repertorio de clásicos mendocinos, hizo escuela de las formas y destrezas necesarias para historiar la experiencia cultural provincial. Allí anotó la importancia de la prensa como soporte de la producción cultural ante la tardía aparición del libro autónomo en nuestros ámbitos culturales, y señaló la importancia de reparar no sólo en las características de las obras escritas sino en los contextos de producción que las hacen posible: estos habrán de incluir naturalmente las condiciones institucionales y las formas de circulación de esos bienes valiosos, reservorios fascinantes de creencias, costumbres, imágenes y tradiciones activas de la memoria social de quienes nos precedieron.

Lo último aunque no menos importante. La última vez que nos vimos le entregué el manuscrito del libro que había concluido sobre una inquietud intelectual que consiguió despertar en mí reubicando su persistente apelación por hacer de lo local un problema general. El escenario tenía que ver con Mendoza en la época de la independencia, más precisamente en 1818 cuando el ejército que San Martín había organizado en Cuyo había asestado un nuevo golpe al acecho de los realistas en los llanos de Maipú; para ese entonces, en la plaza mayor, los patriotas chilenos Juan José y Luis Carrera fueron fusilados sin que ninguna mediación pudiera frenar la decisión del tribunal que los condenó a la pena capital; poco después, en 1821, el último de los Carrera que había sobrevivido al acicate de los directoriales, José Miguel, también era fusilado por orden del gobernador Godoy Cruz en la plaza principal de Mendoza ante la aclamación de patricios y plebeyos. Arturo siempre insistió en que debía ocuparme por develar las motivaciones de una tragedia familiar que era por sobre todas las cosas, una tragedia política que reflejaba los avatares a los que se enfrentan quienes tienen la osadía de desafiar la autoridad y el poder. Bajo la convicción que el drama de los Carrera en Mendoza debía ser rescatado del olvido, fue el mismo Arturo quien instó colocar una placa conmemorativa en el lugar donde cayeron muertos. Desde luego esa evocación se ubicaba en el contexto político que lo devolvió a la Mendoza de la que nunca más quiso migrar; aunque pensado a la distancia, resulta probable que el ejercicio de memoria sobre el destino fatal de los patriotas chilenos le haya permitido reflexionar también sobre los estragos de la violencia política no sólo de la vieja aldea mendocina.

Pasión por el conocimiento*Por Norma Giarracca*

Arturo Roig nació en Mendoza en 1922 y falleció el 30 de abril último en su provincia natal. Fue uno de los intelectuales argentinos de mayor reconocimiento internacional; existen tesis doctorales en Europa y muchos libros en varios países dedicados a su obra. Entre sus más de 30 libros, inmensa cantidad de artículos en revistas y libros, nacionales y extranjeros, se cuentan *Breve historia intelectual de Mendoza* (1966), con prólogo de Bernardo Canal Feijóo; *Los krausistas argentinos* (1969), *Platón o la filosofía como libertad y expectativa* (1972), *Filosofía, universidad y filósofos en América Latina* (1981), *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (1981) –reeditado en 2009 por *Una Ventana–*, *Bolivarismo y filosofía latinoamericana* (1984), *Rostro y filosofía de América Latina* (1993), *El pensamiento latinoamericano y su aventura* (1994) y *Mendoza en sus letras y sus ideas* (2005 y 2009).

Desde el regreso a la democracia en 1984, cuando volvió del exilio, eligió como lugar de trabajo el Centro Científico Tecnológico (Cricyt-Mendoza, en aquella época), dependiente del Conicet, y fue su primer director en esa etapa de reconstrucción de la ciencia y sus instituciones. Dentro de sus amplias preocupaciones siempre habían estado los modos de organización de la docencia y la investigación. Un excelente trabajo sobre las razones para optar en estas instituciones por la organización por “áreas” interdisciplinarias, que había comenzado a pensar y escribir en 1973, encontraría su forma final en 1998: *La universidad hacia la democracia. Bases doctrinarias e históricas para la constitución de una pedagogía participativa*. El Instituto Gino Germani de la UBA le debe su organización por “áreas” a este gran visionario; cuando se lo pedimos no dudó en dedicar su tiempo para conversar la propuesta con los investigadores fundadores de la institución. En aquel viejo petit hotel de la calle Callao, antes de la reunión, él nos hizo un paseo cultural por el edificio y nos mostró, como hace un arqueólogo, maravillosos detalles que nosotros no habíamos visto nunca.

En esos años '80, cuando fue director del centro mendocino y lo conocimos, pudimos apreciar su tremenda capacidad de organización y gestión científica pero, además, su calidad humana que atravesaba todas sus ocupaciones y preocupaciones. Una de las primeras cosas que solucionó en el Cricyt fue una demanda de las empleadas y becarias de la institución: construir una guardería para solucionar los problemas de las madres trabajadoras. Las convocó a todas y en pocos meses se lograba una guardería modelo. Un viejo empleado de la institución comentó que sólo el doctor Arturo Roig era capaz de convocar lo mejor de cada uno y ponerlo en función de un proyecto colectivo. Y lo hacía en forma democrática y con sencillez. No obstante, su pasión fue la generación de conocimiento y siempre volvió allí.

Su pensamiento y sus ideas acerca de América latina fueron pioneros en los estudios tendientes a reflexionar desde nuestra propia mirada los períodos poscoloniales; lo que hoy se conoce como “estudios decoloniales” o también “estudios poscoloniales”. Su muerte es una pérdida para el pensamiento, en particular para el latinoamericano, y es una gran pérdida para todos aquellos que tuvimos el privilegio de conocerlo. Aunque lo sabíamos anciano y lejos de esta ciudad de Buenos Aires, su presencia, las posibilidades de verlo y charlar aunque sólo fuera de vez en cuando, alimentaban entusiasmos y esperanzas. Nuestro abrazo a su familia. Lo extrañaremos, Maestro.